

En MARCHA, año XXI, N° 1003, Montevideo, viernes 1° de abril de 1960, págs. 1 y 4.

Los 80 años de Frugoni

- Reproducimos las palabras que nuestro compañero Quijano, pronunció en el gran acto de homenaje a Emilio Frugoni.

Hoy es un día de fiesta. Y de exaltación. Celebramos un nuevo aniversario de la imperecedera juventud de Emilio Frugoni y nos inclinamos ante la imagen de una vida ejemplar. Es de esa vida que hablaremos. Otros se detendrán ahora o después, con minucia y autoridad, en la obra de Frugoni: en su acción política, sus creaciones literarias, sus ensayos, sus libros de viaje, su dilatada tarea periodística. Señalarán allá el acierto, acullá el error, marcarán las inevitables discrepancias. De la caudalosa corriente que viene de muy alejados horizontes, y que ha regado y riega tierras hasta ahora inhóspitas y no siempre feraces, esa corriente que se enrosca, sin fatiga, en remansos y se arroja bullente contra las piedras, pueden extraerse algunos baldes de agua y dirigir hacia ellos el microscopio. Es necesario, sin duda. Pero no basta. No es, tampoco, creemos, lo más importante. Una obra como la de Frugoni no ha de estudiarse por partes. Además, obra tal es el reflejo entero de la vida, de una vida. Entre ambas hay una indisoluble soldadura. Puede haber poetas más exquisitos o ensayistas más documentados. Quizá. No hay vida más limpia que la de Emilio Frugoni. Un estilo vital de mayor y sostenida grandeza. Una mayor y más ceñida correspondencia entre les dichos y los hechos, entre las hazañas y las virtudes. Es así Frugoni, en nuestros tiempos descreídos, el varón ilustre que se alza, acaso sin saberlo y siempre sin proclamarlo, — otra forma de grandeza — a la categoría del héroe.

* * *

En 1900, Frugoni tiene veinte años. Poco después, años más, años menos, funda el Partido Socialista. Todo lo que va corrido del siglo XX recoge la huella de su paso. Son sesenta años de lucha sin respiro y sin flaqueza. Decirlo lleva un segundo. Y, tal vez, en el fluir de la historia esos sesenta años no alcancen a ser siquiera un segundo. Pero hay segundos que pueden ser decisivos y cuyos ecos se prolongan por años y años, en lo porvenir. Todo no perece. Todo no puede perecer.

A fines del siglo XIX el país tiene apenas setenta años. Ha nacido de la Convención de Paz del 28, después de las luchas heroicas de la patria vieja. Sobre su cuna se inclina el interés de una gran potencia ultramarina, y el interés y las rivalidades de nuestros dos países limítrofes, cuyas disputas van a utilizarnos aún bien entrado ese siglo XIX.

En los setenta años que se extienden hasta el alborar de 1900, conocemos las guerras civiles, el militarismo, las dictaduras, y la penetración del gran capital extranjero, cuyas crisis también van a ser nuestras crisis.

Cuando Frugoni asoma a la vida pública, Batlle inicia su gestión de Gobierno. No es difícil tampoco reseñar las características de los últimos sesenta años: el cese de aquellas guerras civiles; la extensión de las nacionalizaciones; la implantación de una legislación social; el crecimiento del nacionalismo; las repetidas reformas constitucionales; la coparticipación de los dos grandes partidos en el gobierno; la consagración de la democracia política; y dos golpes de Estado.

Esto que no deja de tener, por cierto, importancia, y mucha, es lo aparente. Otro es el revés de la trama.

Dos guerras transforman al mundo. La revolución rusa estalla el 17. El fascismo primero, el nazismo después, más tarde el falangismo, triunfan por un tiempo. América, nuestra América reedita desesperadas experiencias dictatoriales. Aquí no más, río por medio, la Argentina conoce diez años de Perón. El eje del mundo se desplaza y los pueblos coloniales inician su marcha hacia la libertad. Es una prodigiosa revolución, tal vez sin paralelo, cuyo empuje, que nos arrolla, no podemos medir todavía. Otras generaciones podrán juzgar, valorar, analizar cuanto ocurre. No las que ahora están sobre la tierra y que, golpeadas, arrastradas, o participan del fervor entusiasta de la creación o se aíslan en la desesperanza o se pudren en la indiferencia.

En plena mocedad, adolescente todavía, Frugoni elige su camino. Elegir — en más de una ocasión — es renunciar. Frugoni renuncia a todo lo que puede apartarlo de ese su camino. Y esa renuncia la reafirma sin una vacilación, sin la sombra de la sombra de una duda, en cada acto, durante, todos los días de estos sesenta años convulsionados, confusos y magníficos. Muchos se extravían. Frugoni, con su verdad a cuestas, continúa.

Había entregado, para decirlo con las palabras de Hölderlin que Camus recoge, su corazón a la tierra grave y sufrida y en la noche sagrada le había prometido amarla fielmente, con su pesada carga de fatalidad, sin miedo y hasta la muerte.

Durante estos sesenta años, Frugoni no es el soldado de una hora que se juega — heroico — la vida en el sacrificio fulgurante y glorioso. Es el soldado de todos los días, erguido a la altura de su destino. Y que hace honor a su promesa, la promesa de la hora temprana, cualesquiera sean los peligros, las acechanzas y las miserias.

Durante estos sesenta años Frugoni — hombre de carne y hueso al fin —, con sus ambiciones y sus tozudeces, con sus falibilidades y sus desprecios, con la lúcida conciencia de sus posibilidades y la no menos lúcida conciencia de las posibilidades de los otros, moldeado, aplastado, traído y llevado por un medio donde toda facilidad tiene asiento y olvido toda flaqueza, pudo oír a la voz con mil tonos de la tentación, dejarse llevar por ella, justificar o explicar en nombre de la necesidad de actuar y de ser útil, en nombre de lo que puede ser que es la negación de lo que debe ser, una desviación o una apostasía.

Durante estos sesenta años asistió, sin que los ojos le temblaran, como no fuera de ira, al triunfo de los incompetentes, de los traidorzuelos y de los histriones. Comprobó que en política el crimen, y es crimen negarse, muchas veces paga. Cosechó derrota tras derrota. Afrontó el ridículo. Se supo a un mismo tiempo capaz de hacer el bien e incapacitado para hacerlo. Y pudo sentirse en una hora, en muchas horas, de angustia y melancolía, mientras redoblaba su ardiente combate contra todo y contra todos, aislado en su inmensa soledad, calumniado, olvidado, vilipendiado.

Durante estos sesenta años vio con dramática impotencia como se cumplían sus predicciones y como sus enemigos de la víspera recogían, para aprovecharlas y prostituir las, las ideas de las cuales, en esas vísperas, se habían burlado.

Y no obstante, no obstante no cejó. No hay, en la historia de nuestro país, vida más diáfana, ejemplo más noble, modelo más puro.

Todos los honores de este mundo pudieron pertenecerle. Todas las victorias efímeras por las cuales los hombres disputan pudieron coronarlo. El presente entero, con solo callar, pudo ser suyo. Pero a los honores y a las victorias, y al mismo presente, prefirió la fidelidad a su generoso juramento juvenil y la alegría de los ásperos y desiguales combates, esa que nadie ni nada pudo ni podrá arrebatarse, como nada ni nadie pudo ni podrá arrebatarse la esperanza. “Todas las felicidades sobre la tierra — cantaba Nietzsche — vienen de los combates. Uno en tres son los amigos: hermanos en necesidad; iguales frente al enemigo; libres, cara a la muerte”.

Está ahora aquí con sus ochenta años mozos, siempre en la misma trinchera, alerta y dispuesto para las nuevas batallas que se precipitan con fragor de tormenta a nuestro encuentro, en éste mundo caótico, en esta hora caótica de este país caótico en el que tenemos la obligación y el honor de vivir.

Hacia él nos volvemos para pedirle fortaleza de alma, y fe y jubilosa ambición de sacrificio.

* * *

Esto queríamos decirle a Emilio Frugoni, maestro de vida, e intuimos ahora, mientras nuestras palabras se van en el viento del atardecer, que él mismo, inclinado sobre su largo viaje ha de mirar, los ojos humedecidos pero claros, con tranquilo orgullo hacia el pasado brumoso donde velan sus muertos: su infancia y la casa paterna; su juventud y el gran amor que le prestó sostén; su fecunda madurez que se prolonga y los fieles amigos que se fueron. Y ha de sentir, también, que su soledad se puebla de ecos y que la inhóspita tierra, tan querida, se estremece y empieza a ser fecundada por su sangre.